

Las promesas insatisfechas

• Juan Molinar Horcasitas

Como aquí escribe Juan Molinar Horcasitas, Lorenzo Meyer es a un tiempo el historiador y el politólogo, el intelectual y el científico social. Desde esas posiciones, desde esta recopilación de artículos, ejerce la crítica "que sólo puede hacerse cuando se piensa, se escribe y se dice para el gran público".

Los artículos de crítica política de Lorenzo Meyer, y de hecho una buena parte del resto de su ya muy extensa obra académica, vuelven una y otra vez sobre tres grandes temas: la democracia, que él sistemáticamente adjetiva como política, la justicia, que gusta en llamar democracia social, y la independencia nacional de México, que no duda en identificar con una recelosa cautela hacia los Estados Unidos. De todo esto y algo más trata la colección de artículos que Lorenzo Meyer nos entrega bajo el sugestivo título de **La segunda muerte de la Revolución Mexicana**.

El libro se compone de un prólogo y 33 artículos de diversa profundidad y alcance, que han sido organizados en cinco secciones. La composición de la obra, y en particular el prólogo y la sección final, son un buen reflejo de algunas facetas interesantes de su carrera intelectual. En el prólogo, Lorenzo Meyer paga algunas de sus deudas intelectuales, sobre

Lorenzo Meyer
**La segunda muerte
de la Revolución Mexicana**
Cal y arena
México, 1992
276 pp.

todo con Daniel Cosío Villegas, a quien emula dignamente desde *Excélsior*. En el prólogo Meyer sintetiza la lección fundamental que él ha enseñado a sus alumnos: el papel del intelectual en general, y el del científico social en especial, es ejercer la crítica, y la crítica verdadera sólo puede hacerse cuando se piensa, se escribe y se dice para el gran público, no para el oído del Príncipe.

En la última sección del libro, en cambio, se asoma otra faceta, una cara que quizás expresa mejor que ninguna el alma que vibra a lo largo de la obra. Se trata de una pequeña pero notable contribución, compuesta de una sola pieza escrita como un parte militar de novedades que el autor rinde a "mi general Lázaro Cárdenas". Este cierre de libro contrasta fuertemente con el prólogo, pero lejos de traicionarlo lo confirma. Si la lección del prólogo se expone mediante un argumento cuya derivación es estrictamente racional, por

lo que resulta "válido independientemente de la ideología o esquema de valores que sustente el crítico", el parte al general Cárdenas es una expresión apasionada de preferencias políticas, de la ideología del autor. Pero la pasión no nubla la razón: aún ahí, en el parte que rinde a su querido y respetado general, Meyer ejerce la crítica a la que él mismo se obliga en el prólogo, y le reporta al general que "el lado autoritario de su herencia ha florecido".

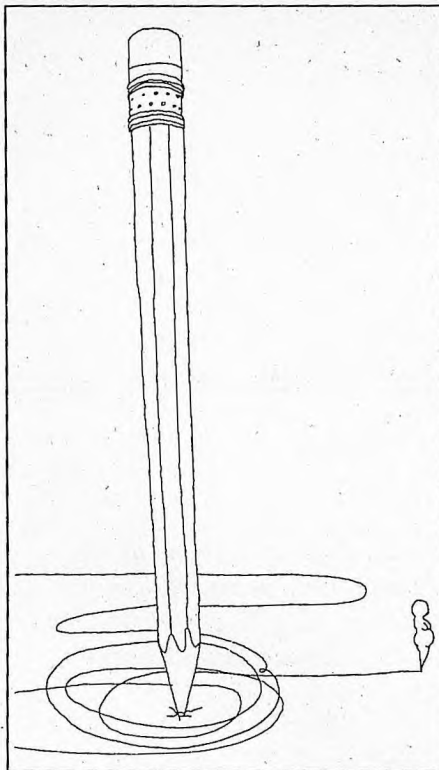
Al prólogo le sucede un capítulo didáctico ("Las rutas del poder") en que su autor sintetiza el proceso de construcción del Estado mexicano. La guía de esta larga madeja es el proceso de concentración y centralización del poder. Meyer muestra cómo este proceso tuvo dos fases. Por un lado, hizo posible la formación del Estado nacional. Por el otro, lo hizo al costo de desarrollar los grandes males políticos de México: el sistema de partido "casi único", el corporativismo y su corona, el presidencialismo.

Las secciones restantes, tituladas "La democracia y sus alrededores", "Los abismos de la modernización" y "México-EU: Un diálogo de doble filo", forman la columna vertebral del texto. Estos capítulos tratan de la democracia que nunca llega, de la injusticia social que el autor ve agravarse, y de la autonomía nacional, que a los ojos de Lorenzo Meyer se desvanece *pari passu* con la integración al modelo estadounidense. Cada una de esas secciones incluye uno o dos capítulos relativamente extensos, que en su mayoría fueron publicados como artículos en libros colectivos, pero también incluyen media docena de pequeños artículos que salieron semanalmente en *Excélsior*. En general, aunque hay una o dos notables excepciones, las contribuciones más largas son las más perdurables y las que, junto con el prólogo, la sección "didáctica" y el parte militar, le dan su valor al libro.

De la sección "La democracia y sus alrededores" destacan "La democracia política: Esperando a Godot" y "La democratización del PRI: ¿Misión imposible?". En ambos, Meyer muestra el buen manejo de sus oficios de historiador y politólogo, logrando síntesis notables de los procesos políticos mexicanos

posrevolucionarios. Son una severa documentación del autoritarismo mexicano. De hecho, Meyer muestra que la democracia política, nuestro Godot, ha estado ausente hasta en los mejores momentos de la historia mexicana, que para el autor son el juarismo, el maderismo y el cardenismo. Sin embargo, Meyer decidió terminar esas dos piezas con notas levemente esperanzadoras en las cuales sugiere posibilidades de reforma: al final de "La democracia política...", por ejemplo, señala que "las condiciones actuales no son ideales, pero la mejor alternativa para el sistema mexicano es hoy abrirse, adelantarse a los acontecimientos y empezar a dismantelar su andamiaje autoritario para dar paso a un sistema plural y abierto. Hay que hacer de la crisis algo positivo; la partera de la democracia mexicana". De manera similar, en el último párrafo de "La democratización del PRI" Meyer escribe que "aún no se debe cancelar la posibilidad de que la nueva presidencia acepte el reto que le lanza la historia y decida ser una de las fuerzas que lleven a México a la destrucción de la presidencia autoritaria para que, de sus cenizas, resurja una presidencia menos fuerte, pero más democrática y, sobre todo, viable en el largo plazo".

Esos breves pasajes son el único reposo que el autor se concede en su ejercicio de crítica sistemática del régimen político mexicano. En cambio, su crítica a la política económica de los gobiernos de Miguel de la Madrid y Carlos Salinas es implacable, sin cuartel. Como señala Meyer, "el problema de la democracia mexicana hoy se puede resumir así: la élite no quiere y la sociedad no puede". Ahí se encuentran los pasajes que me imagino han de ser los más irritantes para los hombres del régimen. En "Modernización sin anestesia", por ejemplo, Meyer hace una cáustica crítica del Plan Nacional de Desarrollo. Al citar la frase del Plan en la que el presidente Salinas afirma que "existe un nuevo ánimo para construir la grandeza de México", Lorenzo Meyer se pregunta de inmediato: "¿En quiénes, aparte de los colaboradores presidenciales más cercanos y de ciertos grandes empresarios, estaría pensando el pre-



sidente Salinas al hacer tal afirmación?".

Aún más incisiva es la pequeña pieza titulada "Salinismo-leninismo", en la que Meyer compara a los "tecnócratas neoliberales mexicanos de hoy [con] los leninistas rusos de ayer... [porque] ambos tienen como punto de partida la impaciencia, el gusto por el poder y el supuesto de que las masas están naturalmente incapacitadas para llegar a conocer por sí mismas cuáles son sus verdaderos intereses políticos". No dudo que haya quien piense que ésta es una comparación simplista. Pero no lo es. Es exacta en su sencillez. Y por ello es venenosa para el ala neoliberal de la clase política mexicana, pues no sólo expone los supuestos implícitos que guían sus acciones, sino también su gravísima contradicción: afirmar que la mejor manera de tomar decisiones económicas es dejar actuar a los mercados implica asumir el supuesto de la soberanía del consumidor, es decir, asumir que cada individuo es quien mejor conoce sus necesidades. Ese es uno de los supuestos básicos de las políticas de privatización, liberalización y desregulación. En contraste, el sistema político mexicano, y el fraude electoral sobre el cual descansa, están fundados, en el me-

por de los casos, sobre el supuesto de que el ciudadano no sabe cuáles son sus verdaderos intereses políticos. Consumidor soberano, ciudadano súbdito. Mala combinación. Máxime cuando el consumidor sufre penurias y el ciudadano no ve la suya.

La sección "México EU: Un diálogo de doble filo" aborda con perspicacia un tema en el que Meyer es experto. Llama mi atención un contraste que me parece identificar en el tratamiento del tema. Por un lado, Meyer argumenta con solidez la idea de que el interés nacional de México, *whatever that means*, exige conducir con cautela, y quizá hasta con recelo, las relaciones con la potencia comercial y militar más importante de este fin de siglo. Por el otro, Meyer expone que el proyecto, "a la vez antiguo y original" de lanzarse de lleno a una mayor integración con los Estados Unidos no carece de apoyo en México. Meyer acepta que no sólo diversos círculos gubernamentales y empresariales lo ven con simpatía, sino que incluso cuenta con el apoyo de las capas medias de la población (que comparten los valores y los sueños del *american way of life*) y de los sectores populares (que por millones han emigrado a los Estados Unidos en busca de trabajo). Pero la popularidad del proyecto no basta para que a Meyer le agrade. El no deja de pensar, quizá con razón, que "no mejoraría en nada nuestra situación como individuos y como colectividad que el destino político mexicano dejara finalmente de depender del egoísmo y la irresponsabilidad de la élite política y su burocracia para pasar a depender del egoísmo y la irresponsabilidad de la plutocracia local e internacional". Quizá.

No es difícil reconocer por qué, a fin de cuentas, el libro tiene la unidad de un trabajo que hubiese sido escrito siguiendo un diseño armónico, a pesar de que cada una de sus piezas fue escrita independientemente de las otras. Los tres temas que Meyer aborda con tanta frecuencia en su trabajo de crítica política y de ensayo académico, son las grandes promesas insatisfechas, pero, paradójicamente, siempre vivas, de la dos veces muerta Revolución Mexicana: Democracia, justicia, independencia. □